

# El dolor en la sociedad postmoderna

*M. J. de Luna Infante\**

Si queremos definir el dolor, penetrar en su esencia, nos encontraremos con algo imposible. El dolor es un profenómeno, algo inicial, y que, por tanto, carece de un antecesor al que poder referirse.

Los hombres más destacados en las ciencias y en la filosofía, de una forma o de otra, todos han tratado el tema del dolor.

Platón, Kant y Shopenhauer identifican el vivir con el dolor cuando afirman «vivir es sufrir». Para Aristóteles, el dolor es «una sensación desagradable localizada» o «una emoción opuesta al placer».

Piulachs, muy acertadamente, no se atreve a definirlo cuando dice: «En realidad, cuando hablamos del dolor, no nos hace gran falta definirlo, ya que todos sabemos lo que es» (Piulachs Oliva, 1974). No cabe de él la definición, basta para poder entendernos la simple referencia, el apuntar hacia él. Quizá se pueda decir, como San Agustín decía del tiempo: «Si no me lo hacen decir, sé lo que es; pero si me piden que lo diga, no puedo hacerlo».

El hombre es un ser que vive en dos mundos, y en cada uno de ellos puede originarse dolor. Por consiguiente, cabe distinguir un dolor físico, somático, orgánico, de un dolor moral, anímico, espiritual. Esta división es evidente y universalmente admitida. No es igual el dolor que siente un individuo cuando se fractura un miembro o se produce una quemadura, que cuando se entera de la muerte de un ser querido o sufre un fracaso estrepitoso.

Cualitativamente, estos dos tipos de dolor son distintos, pero hemos de advertir que estas dos modalidades no suelen aparecer de forma totalmente independiente y aislada. Con mucha frecuencia ambas formas coexisten.

Aunque a las dos modalidades se las incluye bajo el común denominador del dolor, al moral, al anímico y espiritual, se le designa con más exactitud bajo el nombre de pena o disgusto.

Hay que señalar una diferencia esencial entre el dolor físico y la pena o disgusto.

El dolor físico hace referencia al soma, y pertenece al mundo de las sensaciones. Se engendra como algo extrínseco a la conciencia del yo, y cuando ésta lo acusa, lo hace refiriéndolo a una localización somática más o menos extensa.

Por otro lado, la pena, el dolor anímico o espiritual, se origina en la misma conciencia del yo y desde el comienzo la llena totalmente.

El dolor físico es el dolor que se gime, del que se desea la curación y por ella se pide ayuda y se apresta a la lucha. El dolor del alma es el que se silencia, anhela consuelo en compañía y se atenúa con el olvido.

Al dolor físico se le ha asignado un papel que sería de gran utilidad para el organismo. La aparición del mismo sería como un aviso con finalidad defensiva ante un peligro. De esta forma, el dolor muscular en la fatiga invita al descanso. El dolor de la quemadura engendra un reflejo con retirada de la zona afectada, y una fractura o la lesión de un órgano obliga a la quietud y reposo imprescindible para la curación. Pero esta interpretación no puede ser válida. En primer lugar, porque hay dolores que no implican peli-

gro y pueden ser hasta fisiológicos: el parto, dolores de crecimiento, etcétera, y además no existe paralelismo entre la intensidad del dolor y la gravedad de la causa que lo provoca. Por el contrario, conocemos enfermos graves (neoplasias latentes, por ejemplo) que cursan sin dolor, cuyo aviso en una fase precoz pudiera haber sido muy oportuno.

El dolor puede, en ciertas ocasiones, no sólo dejar de ser una defensa, sino que su extraordinaria intensidad (neurralgia del trigémino, dolores de los amputados...) cause un traumatismo psíquico tal que, en algunos casos, ha llevado al suicidio.

De acuerdo con todo lo anterior, si bien no cabe hablar de una finalidad del dolor físico, puede, en cambio, admitirse en él una utilidad: el dolor, espontáneo o provocado por la exploración médica, orienta y proporciona datos que ayudan en el diagnóstico.

Pero ni aun esta utilidad la admite Leriche, cuando afirma: «Para los médicos que viven en contacto con los enfermos el dolor no es más que un síntoma contingente, molesto, penoso, a veces difícil de suprimir, pero que casi nunca tienen gran valor para el diagnóstico» (Leriche, 1940).

Y para ser más concluyente, el mismo Leriche se expresa en los siguientes términos: «Es preciso abandonar la falsa idea del dolor bienhechor. El dolor es siempre un regalo siniestro que disminuye al hombre, le hace peor de lo que sería sin él, y el deber estricto del médico es esforzarse en suprimirlo, si puede» (Leriche, 1940).

Aunque del dolor no se ha llegado a hacer, como del placer, un fin en sí, hay opiniones que enaltecen y exaltan los beneficios que se pueden obtener de él (Journet, 1965). Consideran que

\* Teniente Coronel Médico Jefe Unidad Medicina Intensiva. Hospital Militar Central «Generalísimo Franco». Madrid

fortifica la voluntad, pues la ejercita en la lucha; desarrolla la compasión, la simpatía y la piedad; el que ha sufrido comprende el dolor del prójimo. En este sentido se expresan Lamartine, Montaigne y D'Annunzio. Anatole France lo exalta en los términos siguientes: «El sufrimiento, ¡qué divino desconocido! A él debemos todo lo que hay de bueno en nosotros, todo lo que da precio a la vida»...

¿Qué idea, qué actitud, qué concepto tiene el hombre postmoderno, el hombre actual, el de la sociedad de la era atómica y de la astronáutica ante el dolor?

Por difícil que pueda ser conocer las fuerzas motrices que actúan en el interior de una sociedad en la propia época, y calibrarlas exactamente y juzgarlas rectamente, hay algo, sin embargo, completamente seguro: en contraste con los siglos anteriores, la religión no constituye ya en la conciencia europea, para la mayoría de los grupos de la población sustentadores de la cultura, el clima en el que respiran y actúan, y, por otra parte, estos grupos, como es sabido, no están unidos por una misma realidad espiritual, incontrastable, y albergados en ella. Pero el hombre y sus experiencias vitales no cambian en su más profunda esencia. Por esta razón también el hombre moderno mismo en el particularismo de su vida individual, sin asidero en la tradición y la religión, se ve impulsado por su esencia y la índole de su experiencia a preguntar en todo lo que le afecta personalmente, rebasando los motivos ocasionales inmediatos, por la causa más profunda (Zubiri, 1963).

Por pequeña que pueda ser en general la tendencia y capacidad a reflexionar por sí mismo, ningún hombre —cultura y fortuna no importan— puede sustraerse a la tensión entre la idea aterradora de un «fatum» (\*) y la sospecha de un sentido de historia de la propia persona y de la comunidad a la que pertenece.

Así pues, nadie que tenga un vislumbre de la concepción de la vida y del

mundo puede, por esta razón, pasar por alto el problema del sufrimiento. Y aún pertenece al arte de la vida del escepticismo moderno respecto a todo problematismo filosófico y religioso limitarse a lo práctico y mediato próximo, atenerse en la actualidad cotidiana a las vinculaciones afectivas inmediatas; sin embargo, por la oscura fuerza de la angustia y el empobrecimiento espiritual, este escepticismo degenera en una ceguera para lo profundo, que se nos patentiza de continuo en la inmediatez evidente de las cosas, los estados de ánimo, las pasiones. De este modo el hombre pierde como persona el sentido que atestigua en la callada naturaleza y la bulliciosa cultura su origen común y cae en un aislamiento que sólo puede ser superado por una actividad incesante y la persecución de la felicidad sensible (Buytendijk, 1958).

Una falsificación romántica de la historia ha pretendido hacernos creer que las generaciones anteriores se ocupaban menos de negocios y meditaban más profundamente, sentían con mayor finura y dudaban menos. Sin embargo, nunca ha existido otra época donde un más eficaz instrumento de educación y de ilustración pública inhibiera la reflexión en tal grado que incluso el mal y el sufrimiento apenas son más que constatados y registrados. El conocimiento positivo es hoy mayor que nunca. Su estimación resulta de la diferenciación de una cultura que, por la necesidad de superar el alejamiento espacial y temporal cada vez mayor, desarrolla una técnica que ya no se detiene ante nada. Obligado por su naturaleza a meditar sobre el sentido del sufrimiento, pero, no obstante, inclinado por virtud de la peculiaridad de la cultura técnica al escepticismo y al interés práctico, el hombre postmoderno, en general, meditará sobre el problema del dolor físico tan poco o tan evasivamente como todos los demás fenómenos o manifestaciones fundamentales de su existencia.

Pero algo persiste sin cambio: la realidad del sufrimiento y de todos los males de este mundo. Por tanto, se debe esperar que lo doloroso del dolor y la amargura punzante de todas las formas del sufrimiento todavía serán sentidos exactamente como antes y que la extensión y la profundidad de la compasión sean también tan grandes como en los siglos pretéritos.

También podemos añadir que el dolor, como asunto puramente individual, sin ninguna conexión con una realidad metafísica, se siente más viva-

mente que cualquier otro estímulo e incluso provoca rabia y desesperación, pero le falta el patetismo que sólo surge con la conciencia de vinculación al prójimo y finalmente a toda la especie humana, cuya aplastante carga de dolores recae en una pequeña parte también sobre nuestros hombros.

El hombre postmoderno considera el dolor exclusivamente como una incomodidad, que como todo estado desagradable tiene que ser combatida.

Se piensa que en la lucha contra el dolor no es necesaria ninguna reflexión sobre el fenómeno mismo. El dolor, lo irritante por excelencia, engendra la pregunta: ¿qué hay que hacer? La medicina es la instancia competente para encontrar los medios de luchar contra el dolor. Esta finalidad la ha alcanzado en gran medida y por esta razón ha contribuido no poco a un cambio de actitud frente al dolor. El miedo a la enfermedad, e incluso a la muerte, es, en gran parte, miedo al sufrimiento. Sin embargo, la indolorosidad de un tratamiento quirúrgico moderno, la posibilidad de un rápido auxilio médico en un accidente, no aparta, como se podría suponer, la angustia ante la amenaza del dolor ni aumenta la alegría de la vida.

Quien ha llegado a un país donde no existe en absoluto auxilio médico sabe que la resignación al destino, al ánimo y la confianza dan más contento interior que la posibilidad de llamar al médico a cualquier hora del día. Tal posibilidad responde ciertamente a una necesidad, pero provoca una nueva angustia y, ante todo, enfado cuando el aparato en que se ha convertido la medicina (y todo lo que está relacionado con ella) no funciona sin fricción.

El hombre actual se irrita contra muchas cosas que antes admitía serenamente. Se indigna contra la vejez, contra la enfermedad larga, contra la muerte y, desde luego, contra el dolor.

El dolor no debe existir. La sociedad del momento exige dondequiera y para todo el mundo la aplicación de todos los medios disponibles para combatir y evitar el dolor: en el taller, en alta mar, en la ciudad y en la aldea. Exige de la ciencia médica, con sus progresos en diagnóstico y terapia, una supresión y prevención cada vez mayor del dolor. Se ha originado una algofobia que en su desmesura se ha convertido incluso en una plaga y tiene por consecuencia una pusilanimidad que acaba por imprimir su sello a toda la vida.

Al impulso del pensamiento y el tra-

(\*) «Fatum» en el sentido griego = azar, providencia, casualidad.

tamiento médicos contribuye la simpatía compasiva hacia los sufrimientos de los hombres, pero ese generoso motivo únicamente conserva su fuerza en tanto que la reaviva constantemente la clara intelección de la esencia del hombre y del sentido de su sufrimiento. Si la medicina pierde la conexión con ella, se convierte en mera técnica, que obedece a su propia ley. Cuando se hace autónomo, el combate contra el dolor no está ya al servicio de la humanidad y de los valores morales en su orden jerárquico. Aspira y consigue, obediente a la voluntad cultural del mundo actual, aproximarse a una forma burguesa de vida que, evitando en absoluto todos los estímulos perturbadores, quiere asegurarse la conservación de un agradable bienestar físico. A esta tendencia obedece la voluntad de una lucha radical contra el dolor.

Por grande y justificada que esté la fama que con todo derecho goza la medicina por su creciente poder sobre el dolor físico, por orgullosa que pueda estar con sus progresos que ahorran el dolor a innumerables seres humanos, devuelven el bienestar subjetivo, aumentan la capacidad del trabajo, hacen soportable el lecho del dolor, alivia las agonías dolorosas; sin embargo, a pesar de todo esto, estas enormes posibilidades de la medicina han

sacado de la esfera metafísica y moral, y con ello también de la religiosa, el problema del dolor, la pregunta sobre su sentido planteada por la inteligencia y el corazón, trasladándola a la esfera práctica. Quien sufre hoy un dolor intenso y duradero lo atribuye enseguida a la imperfección técnica, a la imprevisión, a la negligencia o al retraso de auxilio médico.

En todo caso, la exigencia de una lucha radical contra el dolor también está moralmente permitida por la conciencia religiosa moderna. Pues el hombre ha conquistado legítimamente su poderío sobre la naturaleza. También el hombre religioso de nuestro tiempo considera los medios empleados para combatir la enfermedad y el dolor como una dádiva, que pertenece al mismo orden que todo bienestar que nos regala la cultura y que no por eso tiene que ser en absoluto nocivo para el alma. Aun cuando el hombre religioso sabe muy bien que el dolor posee un valor que rebasa lo educativo, fortalece el carácter, engrandece e induce al arrepentimiento y la purificación, este conocimiento se concilia muy bien con el deseo de combatir y prevenir el dolor. Aun para una concepción cristiana del mundo y de la vida, apoyada en la gran tradición de los siglos pretéritos, el conocimiento de la extraordinaria significación que tiene el dolor para dar su pleno sentido a la existencia humana no contradice en absoluto la confianza incondicional en la medicina y su amplísima técnica para prevenir y suprimir el dolor. Precisamente el pensamiento y el sentimiento cristianos respetan la inclinación natural del hombre a sustraerse a todo dolor, ve en la dicha y la paz la verdadera esfera sobre la tierra y reconoce, conforme a la sagrada tradición, el martirio como auténtica vo-

luntad de Dios, tan solo cuando es inevitablemente necesario.

El nudo gordiano de nuestra especialidad, o por mejor decir, y empleando fraseología de nuestra época atómica, el «punto Hahn-Strassman», el dolor forma el eje sobre el que gira la parte fundamental de nuestro arte. Como médicos debemos esforzarnos por combatirlo, evitándolo o haciéndolo desaparecer. Nuestra lucha ha de entablarse desde el nivel de la unidad celular hasta el conjunto del hombre como entidad fisiológica animada. Pero a veces, a pesar de nuestros esfuerzos, el dolor o la pena continúan persistiendo, no pueden ser suprimidos o aliviados con nuestra intervención. En estas circunstancias el médico no debe abandonar a su paciente, debe ayudarle, procurando que aquel dolor irreductible que sufre revierta en su beneficio. Debe instrumentarlo de forma que el paciente, recogiéndolo en su ser, llene su vida de sentido y la enriquezca con la potenciación de nuevos valores. Con ello se le ayuda a suprimir lo que el dolor tiene de estéril para convertirlo en algo fructífero, al instalar sobre él mismo la alegría y la felicidad.

---

#### BIBLIOGRAFIA

---

- PIULACHS OLIVA: El sentido del dolor. Discurso para recepción pública en la Real Academia Nacional de Medicina. Madrid, 4 de junio de 1974.
- LERICHE: *La chirurgie de la douleur*. 2.<sup>a</sup> Ed. Masson. París, 1940.
- JOURNET: *El Mal. Estudio teológico*. Edit. Rialp, S. A. Madrid, 1965.
- ZUBIRI: *Naturaleza, historia, Dios*. Editora Nacional. Madrid, 1963.
- BUYTENDIJK: *El dolor. Psicología. Fenomenología metafísica*. «Revista de Occidente». Madrid, 1968.